

de una vida sacrificada a egoísmos y prejuicios familiares y sociales que la destruyen lentamente.

Luis Durand pinta la vida tal como es, con su ruda fuerza y su sencillez desnuda. Esta naturalidad, equilibrio y mesura de Durand, que da a sus obras el aspecto agradable de propósitos bien logrados, pueden ser un peligro para su futuro. Su buen gusto y su prudencia, que le permiten agradar fácilmente en una actitud discreta, pueden adormecer el instinto de superación que debe guiar al artista.

En el paisaje ha logrado Durand elevarse hasta la poesía. Sus panoramas no son masas inertes sino conjuntos de energías en acción. Ya lo vemos inquietarse por la conducta de sus personajes, y la parte dramática de sus obras se hará más intensa a medida que ahonde en la complejidad de los caracteres y los matices de las almas, que logre captar los rasgos de psicología colectiva y percibir la evolución general que preside los trabajos y los afanes de los hombres. Durand está llamado sin duda a escribir hermosas novelas cuando se levante sobre los detalles y observe desde lejos el conglomerado social, en que cada individuo trata de obtener el logro de sus apetitos y pasiones en pugna con los demás, cuando distinga en la sociedad, como en un vasto océano, las corrientes y mareas que rigen sus movimientos generales.—*David Perry B.*



LA VIDA DE SAVONAROLA, por *Ralpf Roeder*. Empresa Letras, Santiago, 1934.

Fué para sus padres una sorpresa demasiado dolorosa la resolución de Jerónimo Savonarola, no obstante ser estos muy piadosos, de ingresar al Monasterio de Santo Domingo de Bolognia, a la temprana edad de veintidós años. Pero Jerónimo tenía razones precisas y diáfanas, las que expuso a su padre en

una carta de despedida en la que le manifestaba que la «gran miseria del mundo, la iniquidad de los hombres» lo obligaban a tomar la determinación que le comunicaba. Para explicarle en forma más amplia y exacta los motivos de su decisión le adjuntaba un tratado compuesto por él, titulado «*El Desprecio del Mundo*».

Nicolás Savonarola, padre de Jerónimo, burgués muy acomodado de la ciudad de Ferrara, no pudo comprender nunca los motivos de su hijo para abandonar la vida seglar, ya que esta no había sido jamás desagradable a Jerónimo que siempre había vivido rodeado de consideraciones y comodidades; menos podía comprender su desprecio y horror por el mundo que le detallaba en el tratado. Nicolás Savonarola hubiera preferido que su hijo—y en este sentido había cifrado todas sus esperanzas en Jerónimo—continuase la tradición de su familia la que se había hecho célebre por su abuelo Miguel Savonarola, cuya reputación como médico y sabio le había servido para alcanzar una cátedra en la Universidad de Ferrara y el título significativo de médico particular de Nicolás d'Este. Los hijos del príncipe le otorgaron un título de nobleza, confiándole también la educación del heredero del ducado. Además, Jerónimo demostraba una inteligencia poderosa y una gran capacidad de estudio, condiciones que hacían fácil esperar de este una posición brillante dentro de la sociedad civil de su tiempo. Su abuelo mismo, Miguel Savonarola, al darse cuenta que su hijo Nicolás, padre de Jerónimo, no pudo continuar esa tradición debido a una «desventaja natural» había confiado en su tercer nieto las esperanzas en este sentido. Pero Jerónimo Savonarola, defraudólos en sus aspiraciones; no dejó, sin embargo de ser célebre e ilustre como monje, llenando su nombre uno de los períodos más interesantes no tan sólo de la República de Florencia, sino de toda la península itálica.

El 25 de abril de 1475 entraba Savonarola al convento de Santo Domingo, en Bolonia. En un principio, la estadía en el

monasterio no le fué, precisamente, fácil, pues «comprendió que la vida era poderosa aun en él», como dice Roeder. Además, dudaba todavía de sí mismo y no quiso pronunciar los votos mayores, sino solamente los votos de hermano converso. Sin embargo, los dominicos aquilataron prontamente las cualidades inapreciables del hermano Jerónimo y lo obligaron al ministerio. Su año de noviciado fué difícil. Las «tentaciones de la carne», su apetito sexual, pudo dominarlo sólo después de largos sacrificios. Ahora, las lamentaciones de sus padres que en cartas continuadas reavivaban en él sus dudas y le hacían presente sus aficiones, contribuían poderosamente a acrecentar sus inquietudes. Se vió obligado a mortificarse y a disciplinarse, ejerciendo los oficios más modestos dentro del convento, durmiendo apenas cuatro horas por noche. Su vida siguió en tal forma que empezó a adquirir una aureola de santidad que causó no escasos temores entre sus superiores. «Corría el riesgo de desconocer el fin de la vida monástica», como apunta Roeder.

Poco a poco fué dándose cuenta Savonarola que para ser un buen dominico debía primeramente honrar a Dios, después a su orden por su elocuencia y su saber. Pensó entonces que acaso se habría equivocado en su elección, ya que a medida que avanzaba en la jerarquía de la orden iba comprendiendo con mayor precisión que su deber era acrecentar los bienes del convento, la influencia y el prestigio del mismo y él había entrado a la religión por la salvación de su alma y no para realizar una vida intelectual. No obstante continuó su existencia con una extraordinaria austeridad, con un ascetismo verdaderamente heroico, trasponiendo su prestigio de santo las murallas del monasterio y convirtiéndose en una de «las curiosidades del convento». Savonarola quería ser un individuo perfecto. «Su confesor, dice Roeder, no descubría en él la menor mancha, ni siquiera una falta venial. Era perfecto y en esa satisfacción concedida a la vanidad humana, encontraba la paz».

Para Savonarola este período que duró seis años—como lo

recordaba después—fué uno de los períodos más felices de su vida. Nunca en otros posteriores tuvo más tranquilidad, más paz. Pero, dentro de él estaba en estado de germinación, que luego saldría a la superficie, la personalidad del verdadero personaje definitivo que resultaría Savonarola: el predicador, en el cual alcanzó tantos triunfos resonantes como también no pocas desilusiones, al principio de su carrera de orador, por insuficiencia técnica, si así pudiéramos decir.

Después de muchos y continuados intentos que siempre devenían en rotundos fracasos como predicador—llegando muchas veces a dar por terminadas definitivamente todas sus tentativas en este sentido—logró Savonarola llamar la atención en 1482 en una sesión del Capítulo dominico en la Regia Emilia, a la cual asistió como delegado de San Marcos, hablando con gran energía de la corrupción de la iglesia que en esos tiempos llegaba a límites verdaderamente inauditos. Este «cónclave tenía algo de sala de clase y del púlpito» y en él se encontraba el célebre conde Pico de la Mirandola que, aunque todavía no tenía veinte años (había nacido en 1463) ya era considerado como una gran autoridad debido a lo precoz de su ingenio y a la cantidad admirable de conocimientos que atesoraba a tan escasa edad. De ahí que, una alabanza de Pico de la Mirandola era sumamente significativa y en esta ocasión fué el fraile dominico el que la recibió, pues el Conde fué fuertemente impresionado por Savonarola, reconociéndole una cualidad que él no poseía y que, en verdad, envidiaba: la convicción. «El contacto de una personalidad tan notable como Savonarola, fué un estimulante en su vida y le proporcionó un designio fútil, pero ardiente: reconciliar la religión de Cristo, que reverenciaba, con la filosofía pagana, en la cual se complacía. Esto fué el extraño subproducto de la inspiración de Savonarola» en el sabio Conde, en el cual influyó la personalidad extraordinaria del implacable moralista florentino, como después debía influir en artistas tan destacados como Miguel Angel Buonarrotti y Sandro Boticelli.

Pensó Savonarola que por fin su mérito iba a ser reconocido; pero tuvo que esperar siete años todavía para que este reconocimiento fuera una realidad y en no escasa parte se debió a Pico de la Mirandola cuya influencia en la sociedad italiana de su tiempo era considerable y sin duda alguna también, como manifiesta Roeder a «que sólo entonces el monje estaba verdaderamente preparado».

Debido a Pico de la Mirandola que intercedió ante Lorenzo de Médicis, el fraile dominico fué llamado a Florencia, a San Marcos, en 1849. Desde esta fecha data, precisamente su carrera. El primero de Agosto de ese año, ante un público desbordante que llenaba por completo el templo lanzó su primera predicación célebre en la que fustigó ardientemente las corrupciones de la iglesia, anunciando que sería castigada y regenerada en un futuro no lejano. «Predicaba, dice *Roeder*, como alguien que defiende su vida; hería, exhortaba, emocionaba, amenazaba; las palabras brotaban en una ola rapsódica; se inclinaba sobre el púlpito, como para coger esa masa densa, hostil, a sus pies, e insuflarle su llama, hipnotizarla con su emoción y obligarla a sentir con él. Como un réprobo, gesticulando, exclamando, bregando por alcanzar la humanidad, se debatía por provocar una comunión y una reacción y sólo después de haber obtenido este resultado, cuando sintió por fin esa masa enemiga ceder a su voluntad de conmoverse, fué cuando se detuvo para tomar aliento, largo aliento de alivio victorioso».

Savonarola había triunfado ampliamente y la era de los fracasos en el púlpito ya estaba demasiado distante y muy pronto San Marcos se le hizo pequeño: tuvo que predicar en la catedral de Florencia, frecuentemente frente a diez mil personas. Su popularidad y prestigio eran tanto entre los florentinos que antes del alba esperaban a que se abrieran las puertas del templo para ir a escuchar la palabra encendida y dramática del monje ya que, desde su prédica inicial había causado sensación, por su valentía, por su sinceridad, por la emoción electrificante

que comunicaba a sus frases; por sus alucinantes profecías y por su manera antidoctoral que usaba en sus sermones, llegando con facilidad al corazón sencillo de las multitudes. A veces, sin embargo, intentaba introducir en sus prédicas, abstracciones, alegorías escolásticas complicadas, pero el público las recibía con desagrado, sometiéndose por último Savonarola a las exigencias de este, «su auditorio, dice Roeder, le dictaba sus métodos y con el instinto del orador obedecía; pero, queriendo dominar este auditorio, se convertía en su esclavo y este hecho tuvo una importancia extrema en su carrera».

Para satisfacer las exigencias de sus oyentes llegó a dramatizarse tanto que sus adeptos recibieron el nombre de «llorones». Pero Savonarola no se inmutaba, porque cuando auténticamente sentíase vivir era cuando predicaba a la multitud, sabiendo que esta se emocionaba junto a él, y sabiendo también que él se desahogaba frente a ella. Era una especie de comunión que inmunizaba a ambos de las burlas de los enemigos.

Con certeza apunta Roeder que «la fuente de la elocuencia de Savonarola era la indignación, agregando «que sería casi una verdad decir que esta llegó a ser una forma de efecto, pues, un elemento de histrionismo es, incontestablemente, esencial a un guía popular, sobre todo a un guía religioso». Según Roeder, este elemento no era premeditado en Savonarola y no obedecía a los móviles del orador, «al atormentar las almas de sus contemporáneos, y sin embargo, ello saltaba a la vista». La verdad era que el Frate sentía un impulso indomitable, una fuerza ingénita que él llamaba el Espíritu de Dios que le hacía imposible evadirse de la predicación, pues se sabía predestinado a ella, ya que esta era su forma de fustigar las corrupciones de la época, llegando a ser tan temerario y audaz que no temía las consecuencias que, como era lógico, lo arrastraron al fatal término que tuvo.

Pero ya nada podría detener al Frate moralista, al charlatán como también lo llamaban sus enemigos. Para probar que no lo era intentó pragmatizar sus triunfos en el púlpito, en los

hechos. El moralista se hizo político. Sus ataques a Lorenzo de Médicis, a la aristocracia florentina, fueron de una energía indomable. La mayoría del pueblo estaba con Savonarola. Reprochaba a los ricos sus vidas licenciosas, sus inmoralidades, su maltrato a la gente del pueblo. Inevitablemente empezaron a suscitarse las dificultades. Los más cuerdos aconsejaban al Frate contención, mesura, en sus ataques políticos, pero él ya no escuchaba sino la Voz de Dios que lo urgía a continuar su campaña implacable. Fué insolente ante Lorenzo de Médicis, o más bien, supo siempre mantenerse digno, incorruptible, como después frente al Papa Alejandro VI, el papa de maravillosa vitalidad sexual.

La sucesión ininterrumpida de sus grandes triunfos lo hizo comprometerse demasiado, triunfos tanto de carácter oratorio como políticos, aunque estos eran natural consecuencias de aquellos. Quiso reformar la República de Florencia, hacer reformas monásticas, reformas morales. Cuando el Papa lo excomulgó —a pesar que desde un principio fué muy benévolo con Savonarola— intentó llamar a un Concilio General de la Iglesia Católica. Fué rebelde hasta el último; hasta el último atacó con violencia y pasión las corrupciones de su tiempo, las de la Iglesia Romana, las del Papa Alejandro VI y las de su familia, cuyos escándalos cotidianos eran ya una costumbre. Pero, como dice Roeder, «nada más peligroso que la virtud inmoderada», porque fué esta misma virtud inmoderada la que lo arrastró al suplicio, llevándolo finalmente a la horca, después de un proceso infamante, instituido para justificar el asesinato de Savonarola, como expresa Roeder. Pero «marchó hacia la muerte con una tranquilidad que sorprendió a la multitud. Los preparativos eran imponentes. En el centro de la Piazza, se levantaba un patíbulo en cuya base se había apilado el combustible. La horca se encontraba unida al Palacio por una pasarela, bajo la cual se instalaron los niños para molestar al condenado con bastones cuando pasara. Ni una vez tembló mientras se desarrollaba el largo rito

preliminar; y no habló sino dos o tres veces. En la ceremonia de la degradación eclesiástica, el prelado que oficiaba tropezó sobre su texto y concluyó con estas palabras: Os separo de la Iglesia militante y triunfante; Savonarola lo corrigió: De la Iglesia militante, no de la triunfante; eso no está en vuestro poder». «Cuando el nudo se deslizaba en torno de su cuello, una voz gritó: Es la ocasión, Profeta, de hacer un milagro. Oyó esas palabras y no oyó más. Fué alzado hasta la horca y, en seguida, en el aire, un harapo convulso... En el cuerpo en agonía, las últimas sensaciones—la tensión del cuello roto, la hinchazón reptiliana de la lengua, el furioso batir del corazón—cesaron; el prisionero se había librado de la vida».

Así terminó su existencia afebrada y apasionante Jerónimo Savonarola, el moralista, el virtuoso inmoderado, el que supo tirarles la verdad cara a cara a los poderosos de su tiempo.

Antes de terminar debemos decir que conocíamos varias obras sobre el fraile dominico, de P. Vilari, de A. Galleti y otros. Ninguna más acertada, más penetrante en el análisis psicológico, en la restauración de la atmósfera en que vivió el personaje que la de Raplf Roeder, cuya biografía novelada es una de las mejores que hemos leído últimamente.—A. T.



LAS DOS FUNDACIONES DE BUENOS AIRES, por *Enrique Larreta*.

El autor de la célebre obra «La Gloria de don Ramiro», no ha sido escritor fecundo. Puede decirse que toda su labor literaria se compone de tres o cuatro volúmenes: dos novelas y algunos cuentos, unos pocos discursos y esta obra de breves pero hondas páginas que se llama «Las dos Fundaciones de Buenos Aires» (1), y en la que el estilo y el contenido parecen aprisio-

(1) Librería Anaconda. Buenos Aires.